

4 JUNIO 1978

## OPINION

PLANETA  
TIERRA

# Huelga de hambre

**E**STAN sentados ante un gran televisor que destella en silencio parpadeos grises. El inventor de la televisión no creo que pensara que un día su creación pudiera distraer a huelguistas de hambre. Son catorce, creo. Todos hombres menos una chica. Todos chilenos menos un argentino. Nemesio Antúnez, que fue director del Museo de Bellas Artes de Santiago durante Allende, parece un patriarca entre jóvenes. Pelo gris, madurez robusta, grave cortesía. Para las huelgas de hambre está recomendada, según parece, la actitud de reposo, pero más de uno de los chicos muestra cierta vivacidad propia de sus años. Botellas de agua y vasos.

Desatienden la televisión y atienden a mis informaciones sobre la reacción fuera y las noticias telefónicas de acciones semejantes en Madrid. Por las ventanas entreabiertas llega algún frescor en la noche pesada de junio. Abajo, en la puerta de estas dependencias de la parroquia de Santa Cecilia, chicas y chicos por lo general latinoamericanos atien-

den a los visitantes, informan sobre la acción, abren páginas del cuaderno de firmas, vigilan que no se suba hacia los aposentos donde están los huelguistas. Con una típica mezcla juvenil de seriedad ante el trance y de bromas mutuas que de vez en cuando silban como cohetes a cuyo ruido se pone sordina cuidadosa.

Es sabido: estos huelguistas del hambre están aquí, como unos seiscientos más en una treintena de países, para solidarizarse con sus compañeros que efectúan la misma huelga allá, en Chile. Porque en el Chile de Pinochet hay dos mil quinientos desaparecidos sobre los cuales el dictador calla o responde apenas. Una tragedia al mismo tiempo lejana y muy viva para estas personas. En las paredes de la parroquia barcelonesa hay escritos y carteles que informan acerca de la acción. Los huelguistas del hambre están satisfechos de la solidaridad que reciben. El televisor parpadea. Otro vaso de agua. Hablamos.

En aquel dramático septiembre chile-

no de 1973 la mayoría de estos chicos debían de ser apenas adolescentes. Cada una de estas personas tendrá su historia personal de zozobras, exilios, familiares víctimas de represalias y acaso desaparecidos, dificultades de adaptación y de subsistencia en tierras lejanas. Cada uno tiene su presente concentrado ahora en las tragedias de la patria, en el efecto de su acción reivindicativa, en la inquietud, ¿por qué no?, que toda huelga del hambre trae consigo, en las noticias alentadoras que reciben, en la suerte de los familiares de desaparecidos que hacen su huelga del hambre en ambientes patrios pero menos favorable que éste, en la incógnita de la reacción de Pinochet ante la presión para que sea esclarecida totalmente la suerte de los desaparecidos.

Estos chilenos en huelga, en reposo y a media luz, hicieron su llamamiento a la opinión catalana. Muy propio de la tradición de civismo que por algo tenía Chile: «Nos sumamos plenamente a estos sufridos compatriotas. Con ellos decimos:

somos amantes de la paz, por eso utilizamos medios pacíficos; somos amantes de la vida, por eso queremos encontrarlos; somos amantes de la libertad, por eso queremos verlos libres». La habitación está a media luz. Chile está en sombras. El contraste habitual entre la condición humana; quienes utilizan la fuerza, las armas, la represión, la crueldad, la mordaza, y quienes aceptan sufrir voluntariamente, sin causar el menor daño a nadie, para que otros seres humanos tengan libertad, justicia y paz.

Bajo por la escalera oscura. En la entrada, los jóvenes siguen su tarea de información, recepción y vigilancia. Grupos charlan fuera. La gente se va a cenar, porque esta tarde, y acaso vea estos carteles que anuncian que los que están arriba no cenarán. Ignoro si estos chilenos y el argentino, son creyentes o no. Acaso unos sí y otros nos. Qué importa. Creo que el sitio de su huelga está bien escogido. No elogió Jesús a los poderosos ni a los indiferentes, sino a los limpios de corazón.

Joan Gomis